

Economía y Libertad

Desde que Marshall codificó la Economía clásica en sus famosos «Principios», quedaba definido y caracterizado el blanco hacia el que habían de dirigir sus tiros los científicos no conformistas, los que no comprendían cómo aquella suma de perfecciones podía conducir a la gran depresión de los años veinte, ni advertían entre las piezas del mecanismo allí esbozado las implicaciones sociales y los difíciles problemas cotidianos del mundo que habitaban. La escuela marxista encontró así al enemigo en forma de cuerpo coherente, al que poder mostrar su incoherencia; mientras, con el dogma ya maduro para ello, no tardó en surgir el gran hereje, el discípulo rebelde destinado a alcanzar amplia fama y sectarios incontables. Nos referimos, claro está, a John Maynard Keynes. La batalla se complicaba con los fuertes ataques de los últimos epígonos de la escuela austriaca, de Von Hayek y, sobre todo, de Ludwig von Mises, nombres lo bastante importantes para que muchos prefieran ignorarlos a complicarse la vida teórica. Su recreación de la originalidad smithiana y la línea polémica de Bastiat, en defensa incondicionada de la libre empresa capitalista, constituye una fértil base de reajuste, a la luz de la crítica keynesiana y en presencia de las últimas realidades económicas de los países más desarrollados.

El *neoclasicismo*, o clasicismo depurado por diversas influencias, entre ellas las de Jevons y los austriacos, que Alfred Marshall enseñó en Cambridge, conservaba, como característica de escuela, la absoluta independencia de cualquier situación histórica dada. La observación de la realidad económica general se concreta en el esquema de un mecanismo de fuerzas conocidas que deben conducir, inexorablemente, a ciertos resultados. El planteamiento observado es el de la economía capitalista, y sus resultados han de ser perfectos si el juego de los diversos factores en presencia se desliza sin intervenciones extrañas. Ahora bien: por un fenómeno curioso, los mismos hombres que profesan estos principios están viviendo, en época alejada ya de las interferencias bélicas, un mundo aquejado de una enorme depresión económica. ¿A qué atribuirla? ¿Por qué las cosas no suceden como la doctrina en candelero ha previsto y casi ordenado? El evidente desajuste era una perpetua llamada a la revisión y su respuesta fué la obra de Keynes.

REVOLUCION KEYNESIANA Y ANALISIS MARXISTA

El brillante discípulo de Marshall descubrió pronto que la demanda no funcionaba de acuerdo con sus *leyes*, sino que ofrecía una tendencia constante a la insuficiencia, al fallo en su papel motor del proceso económico. Las implicaciones de este hecho eran considerables. En primer lugar, suponía la revisión total de la teoría clásica, montada sobre el supuesto, caro a Juan Bautista Say, de que la demanda es siempre adecuada a la producción. Después, hacía necesaria la intervención del Estado, único regulador posible de esa demanda, en funciones de inversor subsidiario o redistribuidor de la capacidad adquisitiva.

Introducía, pues, Keynes un cierto grado de socialismo, cosa nada extraña si pensamos que su *descubrimiento*, la insuficiencia de la demanda, resucitaba el viejo leit-motiv de la economía marxista en su crítica al capitalismo. El revolucionario de Cambridge venía, en efecto, a coincidir con el analista de la primitiva Europa industrial, víctima, en sus fructíferos hallazgos de los excesos interpretativos a que le condujo su historicismo filosófico. El que la economía no marxista fuese incapaz de utilizar antes conclusiones como el estado permanente de infraconsumo producido por la insuficiencia crónica del salario—lo que un marxista llamaría *explotación*—demuestra el deficiente espíritu científico con que se abordan las cuestiones que implican posiciones clasistas o políticas en general. Keynes, por caminos distintos, o al menos sin conocer su deuda, incorpora a su crítica algunas de las afirmaciones aceptadas desde fines del pasado siglo en el pensamiento socialista, llevándolas a sus últimas consecuencias, diferentes de las marxistas, por cuanto el ideal keynesiano sigue siendo la libertad, y la intervención, se presenta a sus ojos como un mal necesario. Del análisis de Keynes se deduce que el sistema capitalista es notoriamente deficiente, conclusión acorde con la socialista; pero también que sus virtudes aconsejan conservarlo, remediando sus fallos. Si atendemos al texto de sus «*Essays in Persuasion*» (1931), las dificultades del sistema de libre empresa serían puramente pasajeras, producto de la *conjunción* reinante. Pero un examen de la «*Teoría general*» (1) nos convence de que los remedios propuestos habrían de tener, en su mayor parte, una aplicación permanente, dando así lugar a ese estado de intervencionismo que, en opinión de Von Mises, no es una vía media entre capitalismo y socialismo, sino un sistema distinto, con supuestos propios, aunque coincidente con los necesarios «*pasos iniciales*» en el camino del socialismo que Marx preconizaba. Por ejemplo, el tipo de interés, de importancia capital en el mecanismo económico descrito por Keynes, no encontrará nunca una fijación autónoma adecuada, y habrá de ser determinado e impuesto por la coacción estatal. Es precisamente este arma una de las pocas de que pretenden servirse los keynesianos *timidos*, mientras el ala izquierda de la doctrina atribuye al Estado una total ordenación del complejo económico, correspondiente a las innumerables deficiencias que en él descubre. Es así cómo Keynes ha venido a dar incomparable aliento al socialismo, dotándole de armas

(1) J. M. KEYNES, *The General Theory of Employment, Interest and Money* (1936).

mucho más sólidas y afinadas para la defensa de unos principios que, a la vez, se han hecho por sí mismos mucho más defendibles, al acordarse en mayor grado con la realidad cambiante a que aluden.

En este punto, la decisión corresponde a la mayor o menor exigencia de libertad sentida por el individuo. Si antepone esta a cualquier otra consideración, la libre empresa representa el único régimen económico deseable, al que se ha de aplicar, con los máximos regateos, la inyección estatal mínima suficiente para eliminar sus defectos. Por el contrario, si tenemos presente sobre todo la injusticia que, al menos en muchos países, engendra el libre juego capitalista, injusticia hija de un desequilibrio que la mecánica del sistema no alcanza a corregir, creemos usar de la lógica más estricta al proponer su cambio por otro capaz de eliminar tales desajustes, aun a trueque de una permanente y amplia ingerencia estatal en la vida económica. La primera postura coincide con la del propio Keynes. En cambio, muchos de sus discípulos y seguidores militan plenamente en el campo del socialismo; a veces por pura acumulación de remedios, pues, dados a considerar las imperfecciones del sistema de libertad, encuentran que lo deleznable supera en él con mucho a lo que merece ser conservado. En este sentido, Keynes era un gran optimista. Sus medidas correctivas se mantienen dentro del campo monetario, palanca con la que cree posible mover, en uno u otro sentido, todo el complejo económico. Sin embargo, la reversibilidad del proceso inflacionista o deflacionista no aparece tan clara, pues la suma enorme de intereses concentrados en uno u otro sentido hacen muy difícil, fuera de ciertos límites, el rápido cambio de signo, salvo el recurso a métodos revolucionarios.

Por lo demás, la crítica keynesiana, a menudo desligada de la realidad histórico-sociológica, no abarca sino algunos aspectos del sistema capitalista. De ahí el desarrollo desmesurado que sus doctrinas hubieron de alcanzar en manos de seguidores formados en la tradición marxista y dispuestos a hacer de ellas el arma para una revisión total del sistema. Así, al fomento estatal de la demanda preconizado por Keynes vienen a sumarse la intervención del capital y de la mano de obra y la ordenación del comercio exterior, mientras en el cambio del curso inflacionario aparecen las medidas «revolucionarias» a que aludíamos, incluso la limitación de los derechos sindicales. Para el lector apresurado conviene recordar aquí que tales medidas serían tomadas por el poder ejecutivo legalmente establecido de un Estado de derecho, que cuenta en sus actos con la aprobación nacional mayoritaria a su programa de gobierno; pues tales supuestos teóricos no parten de arcaicos socialistas «revolucionarios», sino de economistas ingleses de orientación laborista.

LA OTRA ECONOMÍA

Frente a los remedios keynesianos y la pura y simple sustitución del sistema preconizada por el socialismo, adquiere singular relieve en nuestros días la defensa a ultranza de la absoluta libertad de empresa, del dominio indiscutido de la iniciativa individual, llevada a cabo por Von Mises y sus seguidores norteamericanos. Ludwig von Mises, austriaco de nacimiento y de escuela, como discípulo de Böhm-Bawerk, en-

seña desde 1940 en Estados Unidos que el sistema capitalista, cuna de toda prosperidad, contiene en sí la perfección, sólo manchada por las manos pecadoras, por intervencionistas, del Estado y las organizaciones sindicales. La doctrina de Von Mises se asienta en su ya antigua «Teoría del dinero y el crédito», obra siempre ignorada por Keynes, lo que pudiera indicar especiales dificultades en su refutación, aun conocida la pretensión de originalidad que distingue al árbitro de Bretton Woods. El entusiasmo vonmisisiano por la libertad de empresa le lleva a considerar que es en la libre competencia económica, en la economía de mercado, donde reside la libertad auténtica, mientras las leyes y declaraciones de derechos son sólo su defensa contra las ingerencias del poder político. En este sistema, clave de libertades, y cuyo fin es el progreso como fuente de bienestar humano, el papel principal corresponde a los técnicos, descubridores de nuevos métodos; a los empresarios, que los ponen en ejecución; y a los ahorradores, que proporcionan el capital necesario. Las demás clases se benefician del progreso así conseguido sin participar en su gestación. El obrero, por ejemplo, tiene hoy una capacidad igual a la de otras épocas, y aun notoriamente inferior a la de algunos artesanos medievales. Es sólo el mayor capital invertido lo que le hace rendir más. Así, la inigualada productividad norteamericana responde al hecho de que sus obreros se ven respaldados por una masa de capital superior a la de cualquier otro país; y, aun dentro de los Estados Unidos, puede apreciarse la diferencia entre industrias como la del automóvil y otras de menor inversión por unidad de mano de obra. Si el obrero norteamericano dispusiera de los mismos medios de hace tres siglos, o de los que hoy tiene el trabajador chino, produciría como en el siglo XVII o como hoy producen los súbditos de Mao Tse-Tung. Los beneficios de la economía de mercado se deben, pues, a unos pocos, pero se extienden a todos, porque el propio sistema les obliga a servir a los demás del mejor modo posible. Empresarios y promotores, dice Von Mises, despliegan más facultades intelectuales y mayor intuición que el término medio de los escritores y artistas. El Oriente se detuvo y estancó porque nunca conoció la libertad como meta, ni supo establecer garantías contra el abuso del poder. Así, las caprichosas confiscaciones de los poderosos impidieron el nacimiento de una burguesía capitalista. Y el profesor austriaco nos da esta sugestiva contraposición, digna de figurar en los anales de la «filosofía mandarinesca» de Miguel Espinosa: «La juventud occidental mira al mundo como a un campo en el que competir y vencer; la oriental no tiene más horizonte que la rutina ni otro camino para destacar que el servicio al príncipe, el merecer sus gracias».

Si el antiguo liberalismo económico partía de un hombre tan ideal en sus características que hubo de ser bautizado, como nueva especie, con el remoquete de *homo economicus*, la escuela de Von Mises teoriza sobre una *societas economica* no menos utópica en apariencia, pero que en nuestros días existe y tiene un nombre: Norteamérica. En efecto, la doctrina vonmisisiana, más allá de su crítica total del socialismo, apunta, sobre todo, al hecho norteamericano, y son sus víctimas preferidas el *New Deal* y toda la gama del proteccionismo estatal, desde las barreras arancelarias hasta los créditos agrícolas, sin olvidar la acción «artificial y nociva» de los sindicatos. Naturalmente, sus conclusiones pretenden un valor universal; pero aquí empezaría el problema.

El análisis vonmisianiano es, ante todo, ingenioso. Viéndole demoler implacablemente, tomándolas por la espalda, las más sólidas afirmaciones del keynesismo y otros sistemas dominantes, no podemos a veces reprimir la sonrisa. Su capacidad para mostrar la cruz de caras tan lozanas y para conducirnos a las consecuencias finales, o para otros sectores, de políticas que parecen beneficiar de un modo inmediato a ciertas industrias, grupos, regiones o individuos, es realmente admirable. Y si en sus generalizaciones más extremadas parece captar, a primera vista, algunas debilidades lógicas, en aplicaciones más concretas sus inapelables encadenamientos resultan la evidencia misma... aplicados al medio norteamericano. Esta característica se hace presente desde lo que pudiéramos tomar como primer principio de su análisis, la consideración de *todas* las consecuencias que para *todos*, y tanto a corto como a largo plazo, ha de tener una cierta política económica. La aplicación rigurosa de este principio, conducente a la denuncia de las consecuencias ocultas en políticas de apariencia beneficiosa, por serlo para algunos o en el primer momento, nos convence de que semejante crítica postula una economía del bienestar total, es decir, la economía que Norteamérica cree tener y la única admisible como aspiración de aquella sociedad. Pero me parece que cuando en Europa, y sobre todo en los más pobres de sus confines, hablamos de una política económica, sobreentendemos siempre que ésta ha de basarse en el sacrificio de una parte, mayor o menor, de la población. El hecho de que para algunos esta parte haya de ser siempre la misma, agudiza el problema, pero no atañe a lo que ahora nos ocupa. Naturalmente, la adopción de este bien menor no supone una preferencia, sino la simple constatación de una realidad. No es posible trasladar pura y simplemente las consecuencias basadas en una economía casi perfecta al campo de otra que se apoya en un estado permanente de escasez. En aquélla, la escasez es un producto de las torpezas en la política económica y sus causas son, por conocidas y pasajeras, matemáticamente evitables. En ésta, la escasez es un estado secular, del que se pretende salir, no volviendo las cosas a su debido lugar, un lugar que nunca existió, sino buscando el modo de que sean alguna vez como debieran.

En realidad, la máxima de estos neoliberales de la economía suele resolverse en un olvido de las consecuencias a corto plazo, que son, por rara casualidad, las que afectan a los menos dotados. Así, el paro tecnológico (tampoco incluido en el estatismo de la teoría keynesiana) se desprecia en vista a los magníficos beneficios futuros del progreso técnico. Sin embargo, pocas economías pueden absorber las consecuencias, incluso en pequeña escala, de la implantación inconsiderada de un cambio en los métodos productivos consistente en un sustancial ahorro de mano de obra. Cuando Von Mises afirma que el individuo carece de problemas bajo el sistema de libre empresa, pues todos pueden mostrar su eficiencia y los capitalistas sólo desean encontrar quien les ayude a emplear bien su dinero; o que el asalariado no está a merced del empresario, pues si éste no busca al mejor para cada puesto y no le paga bien, suya será la pérdida, ya que el trabajador se irá a otra ocupación más interesante, comprendemos que el profesor austriaco se refiere a «otro mundo», y que sería peligroso generalizar unas sentencias fundadas en tan distinta realidad. Por ejemplo, es evidente que el equilibrio económico en libertad plena se basa en la extensión de la competencia a los

salarios. Pero, en la mayoría de los países, ¿cabe el menor reajuste sobre el supuesto de una disminución en los ingresos del trabajador? Es este uno de los rasgos más realistas de Keynes, que rechazaba por irreal e inaceptable la baja en el salario, lo que deja como única alternativa el aumento en el paro, si la depresión no se corrige por otros medios, es decir, si no hay intervención.

Pero cualquier intervención desata las iras de los nuevos liberales. Sobre todo la acción directa del Estado, a través del gasto público, halla una monocorde refutación mecánica: Todo gasto en obras públicas, viviendas, préstamos, supone la utilización de un dinero arrebatado en impuestos a los contribuyentes. Por lo tanto, el empleo así creado significa un desempleo análogo en otro sector, pues cualquier gasto del gobierno impide una inversión de los particulares, que utilizarían mejor los fondos, ya que el capitalista demuestra, sólo con serlo, su eficiencia, mientras el burócrata tiene, cuando más, algunos conocimientos teóricos acreditados en un examen. En el caso de los préstamos agrícolas oficiales, por ejemplo, como los bienes a adquirir, útiles o tierras, son limitados, la intervención los pondrá en manos de los menos capaces, de los que no tienen crédito, pues quienes lo tienen no necesitan recurrir al gobierno. Está claro, en esto como en todo, que la argumentación de la escuela parte de un capitalismo perfecto, con enorme capacidad de inversión e hipersensible a la posibilidad de ganancia, lo que le lleva a acudir con celeridad a todos los sectores imaginables de beneficio, es decir, a satisfacer al límite las necesidades generales o particulares. Pero ¿acaso no es esto el capitalismo como sistema?

ALGO SOBRE EL CAPITALISMO

Entre nosotros, como en otras muchas partes, y quizá por el prolongado influjo de la terminología marxista durante una larga época de *proletarización* cuyos supuestos empiezan a ser superados en casi todos los países, se ha venido hablando de «capitalismo» en acepciones extensivas capaces de producir no pocos malentendidos. La presencia en un país de minorías poseedoras de grandes capitales, a través de los cuales imponen su dominio a la nación, tiene una conexión más bien remota con el auténtico *capitalismo*. El capitalismo como sistema económico supone la industrialización, viene a identificarse con la gran industria, y es la última aportación de la burguesía al proceso comenzado con la conquista de las libertades políticas. Por ello, los países atrasados, con clase dominante de todavía fuerte presencia aristocrática y caudales heredados, detentando una tierra mal cultivada o exportando a países de mayor nivel de vida minerales o productos obtenidos con jornales de hambre y métodos primitivos, no pueden ser «sociedades capitalistas», sino economías de supervivencia feudal o señorial, si preferimos evitar las implicaciones políticas del término. «El capitalismo es, esencialmente, un sistema de producción en masa para la satisfacción de las necesidades de las masas» (2). Va, pues, unido a la industrialización en gran es-

(2) L. VON MISES, *The Anti-capitalistic Mentality* (Nueva York, 1956), p. 49.

cala, y ésta, a su vez, a la existencia de un mercado de gran poder adquisitivo, sólo concebible sobre el supuesto de una mayor riqueza general. Se habla mucho de aumentar la riqueza, pero se olvida que el destino de esa riqueza no es indiferente. Si se canaliza hacia los saciados, hacia quienes carecen prácticamente de necesidades, el consumo permanecerá estacionario. Si, por el contrario, va a manos de los peor dotados, de quienes esperan por casi todo la demanda de bienes consuntivos, crecerá monstruosamente. Sólo un aumento *constante* y regulado en las escalas inferiores de ingresos conducirá a situaciones estables. Es precisamente la represión de este aumento la que origina estados artificiales en los que la inflación existente resulta escamoteada hasta que un inaplazable respiro a los oprimidos da al traste con el falso equilibrio. La producción aumenta por el consumo como por la inversión, puesto que ambos se condicionan; pero los países atrasados han de evitar que la desorganización del comercio exterior, a la que no es ajena la equivocada política de cambios, y los obstáculos a la necesaria inversión extranjera produzcan cortes en las disponibilidades de utillaje y materias primas y enrarecimiento en el mercado de capitales, con las consiguientes dificultades de producción, que suelen achacarse paradójicamente, a los pequeños y vitales aumentos en el consumo. Como Keynes observaba en 1936, es muy improbable que el pleno empleo (es decir, el equilibrio económico) pueda mantenerse, hágase lo que se haga de la inversión, con la propensión actual al consumo. Esta debe incrementarse en una proporción mayor que la correspondiente al aumento en la inversión (3). Puede afirmarse que desde aquella fecha los países más progresivos han verificado un marcado avance en tal sentido, con resultados bien visibles. Y el único camino que conduce al aumento en el consumo de la redistribución de la renta, a través de ingresos individuales proporcionados y una política fiscal *nacional*, nombre que difícilmente puede atribuirse a las que presentan un marcado carácter de dictado clasista.

La inflación, peligro cierto, no debe convertirse en eterno espantajo agitado en el camino del bienestar; y sólo cuando el aumento inconsiderado de los medios de pago ajenos a cualquier cobertura y tantos otros fenómenos inflacionistas de primer orden alcanzan plena corrección, puede saberse si el consumo, es decir, el nivel de vida, único estimulante de la producción, debe ser estacionado en cotas infraeuropeas.

EL CAMBIO DEL SISTEMA ECONOMICO

Ya he recordado que la deficiencia crónica en la demanda, denunciada por Keynes y antes por la teoría marxista, ha sido superada en gran medida por los países de vanguardia. Es esta superación tan clara en Norteamérica, lo que permite decir a Von Mises, aunque con pretensiones universales, que el problema actual no es de distribución de la renta, sino de elección del sistema económico, capitalismo o socialismo, que conduce a un más perfecto desarrollo de los esfuerzos humanos para mejorar el nivel de vida de la población (4). Volvemos a enfrentarnos con el tema de

(3) *General Theory*, p. 325.

(4) *Ob. cit.* p. 62.

la libertad. Si de ella hacemos condición, es evidente que nuestra meta ha de ser el sistema de libre empresa, la economía capitalista, en su versión más perfeccionada y corregida, con correcciones, a veces permanentes, de orden estatal. Pero, a la vez, el capitalismo supone la industrialización, y el paso hacia ella desde la economía señorial arcaica se realiza mucho mejor cuanto más se fuerza a la voluntad individual en el servicio de la del Estado. Los países que han suprimido la libertad alcanzan fácilmente sus metas en este sentido, a poco que sus dirigentes tengan ideas claras sobre el fin y sepan servirlos mediante la adecuada planificación. Según las cifras comúnmente aceptadas por los economistas occidentales, Rusia logró en los doce años anteriores a la invasión hitleriana un aumento del 650 por 100 en la producción por cabeza y del 350 por 100 en la renta real por individuo, con apreciable incremento en la productividad. La falta de libertad permitió aplicar todas las ganancias a la producción de bienes de capital, con la consiguiente multiplicación, como permitió dirigir enormes esfuerzos a la producción bélica, manteniendo a la población en niveles de consumo misérrimos.

Pero estamos obligados a partir del supuesto contrario, pues no se puede perseguir la mejora de la condición humana comenzando por la supresión de lo que constituye su base y fundamento. Es significativo que cuando un hombre como William Beveridge pretende hallar lo que el Estado puede hacer por un mejor equilibrio económico, por una situación social de mayor equidad, titule su investigación «El empleo total en una sociedad libre» (5), proponiéndose así con plena conciencia las máximas dificultades teóricas, hijas de un postulado insoslayable. Esta salvaguardia de la libertad en su vertiente económica, tan decisiva, responde, por lo pronto, a un criterio mucho más técnico que político, pues lleva implícita su aplicación por un gobierno que previamente ha logrado la aprobación nacional para su programa.

Descartado el perfecto automatismo del proceso económico, en un sistema capitalista altamente desarrollado la intervención estatal habrá de limitarse a corregir los desajustes entre ahorro e inversión, a lograr las condiciones de producción que determinan el pleno empleo, operando sobre los factores monetarios y crediticios hasta crear una situación en la que el aliciente de la ganancia pase a actuar en la forma predicha por los clásicos liberales. Por el contrario, en una economía atrasada, cuyo primer objetivo es el paso a la industrialización en gran escala, con los necesarios avances técnicos y de productividad aplicados mediante importantes masas de capital para el logro de la producción en grandes series, de la oferta de cosas baratas para todos, la intervención ha de revestir caracteres mucho más acentuados. Se trata, pues, de determinar lo que he llamado el «grado de socialismo» conveniente a una situación dada, grado que ha de ser necesariamente elevado en el paso de la economía señorial a la plena, o casi plena, libertad económica en un sistema capitalista. El ejemplo antes expuesto nos asegura que la dirección estatal puede lograr rápidos éxitos en el aumento del consumo y el mantenimiento del pleno empleo, activando la indus-

(5) W. BEVERIDGE, *Full Employment in a Free Society* (Londres, 1944).

trialización y evitando, mediante estrecho control, los riesgos inherentes al rápido desarrollo económico. La situación inicial y las que sucesivamente se vayan produciendo aconsejarán las medidas a adoptar en cada momento, que pueden llegar desde las imprescindibles de carácter monetario y fiscal hasta la intervención de los factores de la producción e incluso la imposición de tipos de fabricación, cortando el despilfarro de materias primas en la absurda concurrencia de inúmeros modelos industriales producidos en pequeña escala, evitable mediante una estudiada «concentración industrial» de tipo técnico, pues la financiera, con sus problemas de monopolio, es de otro orden.

Ahora bien; todas estas medidas sólo tienen sentido dentro de una planificación total, lo que no significa intervención total, sino consideración rigurosamente funcional de cada decisión en materia económica. La nacionalización tiene sus pros y sus contras; pero las medidas aisladas de este tipo, sin conexión con el total ordenamiento económico, fácilmente conducen a pérdidas que gravitan pesadamente sobre el presupuesto sin contrapartida apreciable. La dirección estatal de la inversión, obligada por su deficiencia en las economías poco desarrolladas, puede introducir el desconcierto si no obedece a un criterio claro y consecuente. Un observador privilegiado de la realidad económica, el presidente del Banco Central, estudiaba en fecha reciente un ejemplo de estas anomalías en materia de inversión estatal: «En las inversiones realizadas por el I. N. I. hay algunas, como las de las Centrales térmicas, que la iniciativa privada, antes y después de existir dicho Instituto, ha demostrado que sabe construir con la misma eficacia y en algún caso con mayor economía. Si la iniciativa privada no construyó centrales térmicas después de la guerra con mayor intensidad fué, fundamentalmente, porque las tarifas eléctricas a la sazón no lo permitían, pero en cuanto se modificaron las tarifas con la fórmula de compensación de OFILE para premiar la producción térmica, todos hemos visto de qué modo diferentes Compañías españolas, de gran prestigio y abolengo, han construido rapidísimamente y siguen construyendo las centrales térmicas que el país necesitaba... Otro tanto podría decirse de las centrales hidráulicas, que también la iniciativa privada ha demostrado que sabía construir con perfección antes y después de la creación del I. N. I. Sin embargo... ha habido concesiones hechas al I. N. I., como, por ejemplo, la del Pantano de La Bárcena, que se le han adjudicado sin concurso, y otras, como en el caso de Mequinenza, en que hubo concurso, se presentaron al mismo el I. N. I. y otras Empresas—alguna de ellas de una potencia colosal—, y por razones que respeto, pero que no comparto, se hizo la adjudicación al Instituto Nacional de Industria.

«...Y en cuanto a las prospecciones petrolíferas... salvo unas reducidas concesiones antiguas, se reservó al I. N. I., en virtud de un decreto de 12 de diciembre de 1952, todo el territorio nacional que no estuviera ya denunciado con anterioridad, o lo que es lo mismo: se le reservó la casi totalidad del territorio nacional, pero con una diferencia sustancial: que los particulares pagan un canon al Estado y el I. N. I. no paga nada... Yo estoy en condiciones de poder afirmar que una sola Compañía privada, filial de C. E. P. S. A., ha realizado, en una pequeña parte del territorio nacional, nueve prospecciones, que, según mis cuen-

tas, son tantas como las que ha realizado el I. N. I. desde que tiene el monopolio.

«Otro tanto podríamos decir de determinados minerales, como el plomo, por ejemplo. Hay algunas provincias.. que se han reservado para una Empresa filial del I. N. I., con lo que esta Empresa no prospecta pero los demás no pueden prospectar. Empresas establecidas hace cerca de cien años, con un historial magnífico, con unas realizaciones estupendas, no pueden aumentar sus cotos porque tropiezan con la barrera protectora de la reserva a favor del I. N. I. ¿Esto, señores, es suplir la iniciativa privada o es suplantarla?» (6).

La planificación total, conectada con la ya inexcusable programación a escala europea, es condición sin la cual las medidas intervencionistas adquieren el carácter de lo improvisado y anecdótico, con su cosecha de fracasos. Hay que saber claramente lo que se pretende lograr para una sociedad; conseguir el asonso de ésta para esos fines y los medios que a ellos conducen; y ponerlos en práctica con un criterio rigurosamente técnico, libre de consideraciones de *prestigio* y de falsos alardes conducentes a justificar actos o situaciones contrarios al interés social. Y volvamos a Von Mises.

AMPLIACION DE PERSPECTIVAS

La defensa incondicionada de la libre empresa capitalista tiene hoy su máximo paladín en el profesor austriaco de la *School of Business Administration* de la Universidad de Nueva York. El propio Pigou rindió sus armas ante Keynes en muchas cuestiones; así en el aumento del empleo mediante la baja del salario, que sostenía desde 1913 y reconoció como inadecuado al año siguiente de publicarse la «Teoría General», tras una viva discusión sobre la materia (7). Pero Von Mises y los discípulos entusiastas que encontró en Norteamérica mantienen posiciones irreductibles y coinciden con todo el conservadurismo del país en rasgarse las vestiduras ante el nombre del «intervencionista» de Cambridge, accidental consejero de Roosevelt en la «gran herejía» del *New Deal*. Para el propio Mises, el *New Deal* y el *Fair Deal* siguen los pasos preconizados por Marx y Engels como iniciación del camino hacia el comunismo (8). En realidad, estos liberales se asemejan a Keynes en su negativa a ver la economía inserta en el total mecanismo social, rasgo común al pensamiento conservador y frente de lucha de quienes aplican a las cuestiones un *debe ser* tendente a superar el *es*. Un vonmisiono se enfrenta, por ejemplo, con el fenómeno de la propiedad. Contempla sus rasgos y características y analiza su acción en el proceso económico, obteniendo unas determinadas consecuencias. Ahora bien: Si pretendemos cambiar algo en la institución *propiedad*, tal como nos

(6) Excmo. Sr. D. Ignacio Villalonga Villalba, Informe a la Junta general de accionistas del Banco Central, 6 de abril de 1957.

(7) Vid. *Economic Journal*, años 1937-38.

(8) L. VON MISES, *ob. cit.*, p. 65. Aparte la exageración notoria, y por tratarse de un trabajo más divulgador y polémico que cien-

tífico, Mises se permite emplear el término «comunismo» con decidido propósito atemorizador, involucrando el peligro ruso con las viejas teorías económicas de Marx, a las que en parte siguen haciendo referencia posturas actuales inconciliables con la dictadura soviética.

es dada, el vonmisianiano pondrá el grito en el cielo, clamando que entonces la propiedad queda destruída, desaparece, al verse privada de los rasgos que le son propios (9). Esto puede ser verdad. Pero, si consideramos a la propiedad, en su contexto, como instrumento para determinados fines económicos, los de la sociedad en que acontece, y si advertimos —y en esto creo que casi todos estamos de acuerdo— que no resulta apta para tal función, será imperativo cambiarla, adecuarla a su condición: instrumental, sin consideración a los rasgos con que a nosotros llega desde el fondo de los tiempos. El que la institución así modificada se llame propiedad u otra cosa, es ya sólo cuestión de palabras.

Del mismo modo Von Mises ve la justicia del sistema capitalista puro en el hecho de que, dentro de él todos pueden aspirar a todos los puestos, como saben por experiencia propia los mismos escritores «socialistas» procedentes del campo propietario; todos pueden elevarse sobre el nivel de vida en que nacieron, aunque sólo lo logren los más dotados y trabajadores. Pero, debemos preguntarnos: ¿qué nivel era ese? Los millones de hombres que deben ocuparlo *necesariamente*, porque tales categorías existen en la organización del trabajo, ¿están cerca de la miseria? ¿Viven en condiciones inadmisibles? Y en tal caso, ¿es esto capitalismo o se debe a maniobras de sus enemigos, de intervencionistas y socialistas? Es evidente que la respuesta sólo empezó a ser satisfactoria en los últimos años y para un limitado número de países. Pero, ¿en cuántos de ellos existe un grado de intervención, casi siempre importante, y en qué medida debe atribuírsele la perfección alcanzada?

Con todo, la obra de Von Mises está llena de magníficas enseñanzas. Es cierto que su afán de no quedarse en los resultados a corto plazo le lleva a prescindir prácticamente de ellos, pero como la obra de Keynes, tan popular entre nosotros, se caracteriza, en líneas generales, por lo contrario, la confrontación de ambas puede conducir a un fecundo equilibrio en el pensamiento económico. Los españoles solemos ser hombres de un solo libro, por falta de curiosidad o sobre de pereza unas veces, otras por intervención de la peculiar especie de inquisidores, que esmalta nuestros anales. Recientemente he puesto en español el trabajo de Hazlitt, «La Economía en una sola lección» (10), divulgador de las doctrinas vonmisianas. Creo que pronto verá la luz, acompañado por un volumen del propio Von Mises, «La mentalidad anti-capitalista», al que quizá siga su obra más importante, «La actividad humana» (11). Esperemos que todo ello contribuya a un mejor entendimiento general de las posibilidades económicas actuales y ayude a construir desde más amplios horizontes.

CESAR ARMANDO GOMEZ

(9) Cf. L. VON MISES, *Socialism* (2.ª ed. 1951).

(10) HENRY HAZLITT, *Economics in one lesson*.

(11) L. VON MISES, *Human Action* (1949).